

II. LA VIDA COTIDIANA

Feliz quien puede llamar suyo el día en que vive y para sus adentros piensa: mañana Dios dirá, porque ya viví hoy.- DRYDEN.

La tierra más querida es la en que se halla la alegría.

Si un habitante de cualquier otro planeta visitara los Estados de la Unión Americana, tal vez creyera que las gentes van de marcha para un muy ulterior destino y están allí vivaqueando como en estación del viaje, sin desembalar de su impedimenta más que lo estrictamente necesario para una temporánea detención.

El visitante encontraría muy pocas gentes satisfechas de su cotidiana vida, pues echaría de ver que la mayor parte tienen la vista puesta en algo más allá de hoy, en algo que ha de sobrevenir mañana. No están estas gentes definitivamente establecidas ni en verdad viven en el *hoy* y en el *ahora*, sino que confían en vivir *mañana*, el año que viene, cuando sus negocios prosperen y se acreciente su fortuna y se muden a la casa nueva con nuevos muebles y adquieran el nuevo automóvil para desechar todo cuanto ahora les molesta y rodearse de comodidades. Les parece que entonces serán felices, pues *hoy* no disfrutan verdaderamente.

Tenemos la vista tan enfocada en lo por venir, en alguna ulterior finalidad, que no echamos de ver las glorias y bellezas de nuestro alrededor. Enfocamos los ojos en las cosas lejanas y no en las cercanas. Tan acostumbrados estamos a vivir en los anticipos de nuestra fantasía, que debilitamos la facultad de disfrutar cotidianamente de la vida. Vivimos para mañana y cuando el mañana llegue seguirá habiendo otro mañana. Somos como niños en persecución del arco iris. ¡Qué delicia si pudiéramos atraparlo! Pasamos la vida traficando con el porvenir y construyendo castillos en el aire. Nunca creemos haber llegado; siempre esperamos que aún ha de llegar la época ideal de nuestra vida.

La mayoría estamos descontentos, inquietos y nerviosos y nos consideramos infelices. Hay en nuestros ojos una lejana mirada que denota cuán descontentos estamos de la vida cotidiana, pues no vivimos en la actualidad del día, sino que ocupa nuestras mentes algo más allá de lo presente.

Para la generalidad de los hombres; fuera mejor vivir en cualquier parte menos donde rectamente debieran vivir día por día. Muchos se transportan al pasado para recordar las favorables coyunturas que perdieron, las magníficas ocasiones que desaprovecharon; pero en este recuerdo malgastan el precioso presente, que hoy les parece de poca estima y que mañana justipreciarán en todo su valor.

¡Cuántas virtudes y cualidades echamos de ver en pesarosa retrospectión una vez pasaron más allá de nuestro alcance! ¡Cuán brillantes oportunidades se nos representan, luego de desvanecidas! ¡Qué de cosas haríamos si se nos volviesen a deparar!

Muchas gentes malogran su dicha con el recuerdo de infortunados errores o amargas experiencias de un pasado infeliz. Para ser dichoso es necesario ahuyentar, borrar, sepultar y olvidar todo cuanto sea desagradable o despierte en nuestra memoria tristes recuerdos, pues nada pueden hacer estas cosas por nosotros, sino minar la vitalidad que necesitamos para la enmienda de nuestros errores y el reparo de nuestros infortunios.

En un Congreso de Agricultura le preguntaron a un viejo labrador qué terreno le parecía más a propósito para cierta especie de fruto, a lo que respondió diciendo: “No importa tanto el pedazo de tierra como el pedazo de hombre”. En efecto, el labrador entendido en su arte saca provecho del suelo pobre, mientras que el labrador desmañado vive con penuria en el más fértil terreno.

La felicidad no tanto depende de las circunstancias favorables, como de la actitud de nuestra mente. No basta entresacar la felicidad de condiciones ideales, porque así lo hace cualquiera; sólo el alma equilibrada y dueña de sí misma será capaz de hallar la felicidad en el más inhospitalario ambiente. Hay que llevar consigo la felicidad, so pena de no hallarla en ninguna parte.

Nuestra desazón proviene de que confiamos demasiado en lo extraordinario e insólito y desdeñamos las ordinarias flores del sendero de la vida, en cuyo perfume podríamos aspirar consuelos y deleites.

Muchas gentes que honradamente se esfuerzan en cumplir lo mejor posible sus deberes, difícilmente advierten cuán hacedero les fuera encontrar la felicidad en las monótonas y prosaicas profesiones a que por necesidad están sujetos. Excelente lección les darían a estas gentes las abejas, que, sin perder instante del día, liban la miel en flores ponzoñosas y malezas que, a nuestro parecer, no sirven para nada bueno.

Si alguna vez somos felices, será porque de nuestro ambiente habremos entresacado la felicidad, no obstante sus vejatorias condiciones de inquietud y desaliento.

No conoce el gran secreto de la vida quien no sabe forjarse por sí mismo la felicidad en el trabajo cotidiano, con todas sus pruebas, contrariedades, obstáculos, molestias y contratiempos. De esta órbita de cotidianos deberes, de la violenta y torcedora contienda de la vida diaria, de la discrepancia de opiniones y actitudes de este cicatero mundo de las compraventas, hemos de libar la miel de la vida, como la abeja extrae dulzuras de toda especie de flores y malezas.

Lleno está el mundo de inexplotadas minas de felicidad. Doquiera vayamos encontraremos variedad de materiales de los que, si supiéramos elaborarlos, extraeríamos la felicidad. “Todas las cosas tienen su valor, con tal que acertemos a estimarlas en lo que valen. Media felicidad está en las cosas menudas que tomamos al paso.”

Los hombres que en el mundo se mueven han de ser parte del mundo y actuar en la vida de ahora y sentir las punzadas de la civilización mientras se está representando el gran drama humano.

¿No advertís que precisamente estáis ahora en aquella época de vuestra vida que tan rosada y radiante de promesas vislumbrabais en vuestra niñez y juventud? ¿No echáis de ver, en los corrientes días y semanas, aquella irisada representación del porvenir que embelesó vuestra juvenil fantasía, como el espejismo alucina en el desierto al fatigado caminante? ¿Nunca os habéis detenido a considerar que el

tiempo que ahora desperdiciáis es el mismo que mirado un día desde lejos tan precioso os pareciera; que los momentos ahora tan escurridizos en vuestras manos son los mismos que prometisteis no soltar hasta arrancarles todo su provecho?

¿Por qué os parece ahora árido desierto el mismo paraje que, mirado con el telescopio del porvenir, os parecía paraíso? Porque vuestra vista anda extraviada y a vuestro alrededor miráis desde un punto falso. Estáis descontentos y desalentados y sois infelices porque no encontráis, como dice la fábula, el talego de oro al pie del arco iris; y entretanto desperdiciáis en inútiles lamentos el tiempo que, debidamente empleado, convertiría el para vosotros ahora desierto en el paraíso de vuestros ensueños juveniles.

Os imagináis que al llegar a las doradas tierras del porvenir van a caer los frutos en vuestro regazo sin labrar el suelo ni plantar y regar la semilla. Os figuráis que cosecharéis donde no sembrasteis. Estáis todavía mirando hacia adelante y corréis tras un espejismo. Algún día despertaréis para advertir, quizá demasiado tarde, que nada hay en la virilidad cuyo precio no se haya pagado en la juventud.

No podemos substraer nuestra vida del tiempo. ¿Cómo somos tan insensatos malgastando el tiempo, especialmente en la juventud, cuando nos esforzamos en trepar al árbol de la vida? Ni una hora desperdiciada podemos eliminar de la duración de nuestra existencia, y si no aprovechamos el tiempo, no acertaremos a mejorar nuestra vida.

¡Cuán pocos advierten la paridad entre el tiempo y su vida! Les parece a muchos que pueden desperdiciar el tiempo en todo linaje de locuras y disipaciones sin menoscabo de su vida, que, no obstante, es inseparable del tiempo. Considerad que cuando perdéis un día, o cuando, todavía muchísimo peor, lo desperdiciáis en placeres que desmoralizan y deterioran vuestro carácter con hábitos viciosos, echáis a perder con ello parte de vuestra vida, de modo que al llegar a viejos daríais cualquier cosa por recobrar el tiempo tan lastimosamente malgastado.

Sólo hay un medio de vivir con positiva eficacia: levantarse cada mañana firmemente resuelto a obtener el mayor provecho posible de aquel día y vivir durante todo él cumplidamente. Suceda o deje de

sucedir lo que quiera, que sobrevenga o no tal o cual cosa, resolvámonos a derivar algo bueno de cada experiencia de aquel día, algo que acreciente nuestro saber y que nos enseñe la manera de que al día siguiente sean menos nuestros errores. Digámonos: “Hoy comienzo nueva vida. Olvidaré cuanto en el pasado me causó pena, pesar o desgracia”.

La naturaleza es admirablemente cariñosa con nosotros. Es un médico insigne que derrama en nuestras heridas el salutífero bálsamo de Gilead y de maravilloso modo cura nuestras dolencias mentales. Si no fuera por esta gran potencia curativa de la naturaleza, el mundo sería demasiado triste, porque pocos son los que no han llegado a muy cerca de las aflicciones de la muerte.

Resolvámonos cada mañana a obtener el mayor provecho de *aquel* día, no de otro día por venir en que pensamos mejorar de suerte o formar una familia o que se hayan hecho hombres nuestros hijos y estén vencidas todas las dificultades. *Nunca las venceremos todas.* Nunca seremos capaces de eliminar por completo cuanto nos molesta y conturba. Nunca nos desharemos de todos los menudos enemigos de nuestra felicidad, de las mil y una ínfimas molestias de la vida; pero, en cambio, *podemos disponer de la mayor parte de las cosas según son.*

De no atender al día de hoy provienen la miseria, flaqueza, desconsuelo e ineficacia de nuestras vidas, pues no concentramos nuestra energía, anhelo y entusiasmo en el día en que vivimos.

Resolvámonos a disfrutar del día de hoy. Aprovechémonos del *hoy* sin permitir que las horribles sombras del mañana, con sus presagios y temores, nos roben lo que hoy es nuestro, el inalienable derecho a ser felices en el *día de hoy*.

Tengamos cada mañana un cordial soliloquio, y digámonos: “Pase lo que pase, quiero obtener el mejor partido posible de este día. No he de permitir que nada me robe la felicidad ni vulnere mi derecho a *vivir este día desde el principio al fin.*”

“Suceda lo que quiera, no toleraré que ningún disgusto, ninguna eventualidad ni circunstancia alguna que se atravesase hoy en mi camino, me roben el sosiego de la mente.

“No seré hoy infeliz, suceda lo que quiera. Voy a gozar plenamente del día y a vivir cumplidamente en él. Este día ha de ser un día completo en mi vida. Tan sólo pensamientos de felicidad y gozo; únicamente los amigos de mi paz, satisfacción, dicha y éxito, hallarán hospedaje hoy en mi alma. Todo cuanto me hizo desgraciado e infeliz lo eliminaré, de modo que al llegar la noche pueda decir: *he vivido hoy.*”

Un tan puro y optimista comienzo de cada día revolucionará rápidamente nuestro concepto de la vida y acrecentará enormemente nuestras fuerzas. Todo consiste en dominar el cerebro, en trazar nuevos surcos mentales en el blando tejido cerebral para abrir camino a nuevos hábitos de felicidad.

¿Por qué recordar viejos errores y arrepentirnos de no haber sabido aprovechar las ocasiones de prosperidad o lamentarnos de cosas que nos perjudicaron? ¿No acrecentamos así nuestra desdicha?

Quien siempre está reconviniéndose y deplorando su pasado y lamentándose de errores, extravíos y deslices en otro tiempo cometidos, nunca podrá realizar nada de verdadera valía, pues el éxito, en cualquier modalidad de la vida, requiere el acopio de las más minúsculas dinas de energía, y en verdad que no será capaz de enfocar la mente en el instante actual con el vigor necesario para cumplir una acción, quien piense y viva en el pasado.

Todo átomo de energía gastado en lo que ya no tiene remedio, no sólo se desperdicia, sino que dificulta los éxitos futuros que podrían reparar nuestros desdichados errores. Olvidad los infortunios, por mucho que os hayan herido y humillado; limpiad de errores vuestra mente y determinaos a mejorar de conducta en adelante.

Nada más insensato y pernicioso que mancillar y corromper la labor del día con los cascarones del pasado, con las horribles imágenes, locas acciones y desdichadas experiencias del ayer. Hay muchísimas gentes hasta ahora fracasadas, que obrarían maravillas en el porvenir con sólo olvidar el pasado, cerrarle la puerta para siempre y empezar de nuevo.

Por muy feliz que haya sido vuestro pasado, olvidadlo; pues si ha de ensombreceros el presente o ha de causaros melancolía y desaliento, no hay la más leve razón para retenerlo en la memoria y, en cambio, hay mil razones para sepultarlo tan hondo, que no resucite jamás.

Una de las más necias y estériles tareas en que el hombre se pueda empeñar, es en alterar lo inalterable. La naturaleza humana es muy propensa a situar en el porvenir la dicha de la vida. Perfecta es ahora nuestra íntima naturaleza; y si en vez de esperar del porvenir cuanto de bueno anhelamos nos aplicáramos a lograrlo en el presente, adelantáramos a rápidos pasos.

Cuando los hijos de Israel caminaban por el desierto, recibían diariamente maná fresco de que alimentarse; pero, desconfiados algunos de que el Señor les proporcionara cada día el sustento, quisieron guardar parte del maná para el siguiente, y lo encontraron corrompido. Esto les sirvió a los israelitas de lección de fe, pues no podían guardar el maná para el día siguiente, sino confiar en que Dios les proporcionaría el cotidiano sustento. La felicidad es como el maná; hemos de tomarla nuevamente cada día de nuestra vida.

Muchas cosas hay, entre ellas los impulsos generosos, que son mejores para hoy que para mañana. ¡Cuántos difieren la expresión de su ternura y las pruebas de su amor hasta que muere la persona a quien hubieran debido prodigarlas; y cuando ya no la tienen ante su vista, tratan de expiar las negligencias del pasado con lágrimas y flores en las exequias!

Hoy es el día en que ha de brotar de vuestros labios la palabra amable y en que habéis de obedecer los generosos impulsos de vuestro corazón. Aquellos que ocupan vuestro pensamiento y a quienes prometisteis ayudar alguna vez necesitan ahora vuestra ayuda, y más fácilmente se la podéis prestar ahora que en otra ocasión. Todo mañana tiene, además de sus propios cuidados y deberes, los que ayer negligenciamos; pero sus ocasiones y posibilidades no serán mayores que lo que fueron las de ayer.

¿Cómo imaginas que has de realizar mañana admirables cosas cuando tan vulgar y falto de oportunidades te parece el día de hoy?

¿Por qué disputas el hoy por prosaico y por tan rosado y poético el mañana? ¿Qué razón tienes para pensar, que has de ser idealmente feliz, generoso y servicial en una indefinida época del porvenir, cuando tan irascible, egoísta, sórdido e infeliz eres hoy? ¿Cómo esperas tener más adelante tiempo de sobra para atender a tus amigos, consolar a los afligidos, visitar a los enfermos, mejorarte a ti mismo y dilatar el campo de tu mente, cuando dices que hoy no puedes ocuparte en estas cosas? ¿Qué hay en mañana capaz de operar tan mágico progreso respecto de hoy? ¿Por qué te parece que mañana has de ser generoso, si hoy eres mezquino y ruin? ¿Cómo crees que algún día echarás mano de cuantas cosas te sobran en casa, para enviárselas a quienes verdaderamente las necesiten? Si no lo hiciste antes de ahora ¿porqué te engañas pensando que lo has de hacer después de ahora? ¡Cuántos hay que, no por avaricia, sino por evidente ignorancia e inadvertencia de las necesidades ajenas, guardan en el desván o en los sótanos objetos que pudieran servir a algún joven o doncella pobres para abrirse camino en la vida! Subid hoy mismo al desván, registrad vuestros muebles, removed la casa entera y encontraréis muchas cosas de que libremente podéis disponer para proporcionar comodidad y dicha a otros menos afortunados que vosotros.

Tomad de vuestro ropero las prendas que ya no habéis de llevar y que harían muy buen servicio a algún necesitado. No guardéis estas prendas hasta que se echen a perder en espera de que algún día las hayáis de aprovechar, sino dejad que sirvan ahora y dadlas hoy mismo. Ya os sirvieron a vosotros. Que sean mensajeras de cariño y pruebas de la amorosa memoria que de los demás tenéis.

No seáis egoístas, y menos con las cosas de que podáis prescindir. No las atesoréis creídos de que las necesitaréis más tarde. Mayor satisfacción lograréis dándolas, que reteniéndolas en previsión de contingencias que no han de sobrevenir. Con la dádiva enterneceréis vuestro corazón y abriréis un poco más la puerta de vuestra generosidad.

Sin duda habrá en vuestra biblioteca o tendréis por casa libros que no leéis hace años ni leeréis en lo sucesivo, y sin embargo, serían de inestimable valor para los niños que con ásperas dificultades prosiguen

su educación. Dádselos hoy mismo. Cuando más deis, mayor será vuestro gozo. La tacañería sofoca la dicha; la liberalidad la intensifica. No hace mucho me hablaba una señora, muy fina e instruida, de los agobios que le costó su educación musical, pues era tan pobre, que por mucho tiempo no pudo alquilar piano, y para el estudio se valía de un teclado que dibujó sobre una hoja de papel obscuro. Mientras luchaba con estas dificultades, la convidaron a comer en casa de una familia acomodada, y al levantarse de la mesa, le enseñaron toda la casa, desde la cocina al desván. Allí vio arrinconado un piano viejo, por cuya posesión hubiese dado ella cuanto tuviera en el mundo y gustosa caminará largo trecho cada día si le permitieran estudiar en él. No se fijó la convidada en la suntuosidad del convite, ni en la elegancia de los muebles, ni en la belleza de los cuadros, ni en ninguna otra ostentación del lujo que llenaba toda la casa, pues únicamente le robaba los sentidos el viejo piano arrinconado en el desván, que le hubiera abierto las puertas del paraíso, y sin embargo, no se atrevió a pedirlo.

En todos los países hay centenares de muchachas anhelosas de educación musical, que no pueden disponer de piano. ¿Por qué no dar el que no os sirva a quienes por tenerlo suspiran?

Nadie es tan pobre que no pueda dar algo con que enriquecer al prójimo. El que acopia riquezas para acrecentar su caudal, es como el hombre que dijo: «Precaveré mi trigo de pájaros y ratones y ni el surco ni el molino lo tendrán. ¡Cuán locos son los que a puñados lo echan en la tierra!» Por el contrario, ¡dad! ¡dad! ¡dad! ¡ahora! ¡dad HOY! Ayudados a vosotros mismos para ser, según transcurran los años, más generosos, más desinteresados y más útiles a la humanidad.

Muchos hombres difieren su felicidad hasta que sean ricos; pero al cabo encuentran podrido el maná que debieron comer al recibirlo. *Ni la felicidad ni las buenas acciones consienten demora.*

Todos debemos comenzar la cotidiana labor con el tácito convencimiento de que, suceda lo que quiera y salgamos o no airosos de nuestros particulares empeños, hemos de ser felices en cada instante del día, sin permitir que nada nos arrebate nuestro derecho al goce de la vida diaria. Hemos de resolernos a que ni accidente ni incidente ni

condición alguna, por puros que sean, interrumpen el natural flujo de nuestro bienestar y felicidad.

Recordad que el ayer ha muerto y que el mañana no ha nacido todavía. Tan sólo es nuestro el momento presente. Los sesenta minutos de una hora pueden compararse a las flores efímeras que viven sesenta segundos y mueren. Para aprovecharnos *ahora* del bien que nos pertenece, hemos de extraer el dulce jugo de cada instante que transcurra mientras sea nuestro. Tal es el verdadero goce de la vida cotidiana: trabajar y gozar en el trabajo aprovechando el momento presente, que es el único de que disponemos.